



Zenobia Camprubí

CAMPRUBÍ, Zenobia. Traductora y escritora española (Barcelona, 1887-San Juan, Puerto Rico, 1956). Tuvo un papel altamente significativo en el desarrollo literario de su esposo, el poeta Juan Ramón Jiménez.

Zenobia y Juan Ramón se habían conocido en 1912. Él se enamoró de ella desde el primer momento, pero ella huyó de su insistente acoso durante dos años: no quería casarse con un español (los consideraba machistas), tenía muchos planes propios para su futuro, Juan Ramón le parecía un tipo raro y demasiado triste. Las abundantísimas cartas de Juan Ramón en este periodo son un catálogo de trucos sentimentales: intenta despertar en Zenobia la vocación regeneracionista que hay en toda mujer (*a éste le salvo yo*) e incluso le ofrece creer en Dios si ella le ama.

Pero la gota final fue literaria. Zenobia, que encontraba semejanzas entre *Platero y yo* y la obra del Nobel Tagore, tradujo un libro del escritor bengalí para enseñárselo a Juan Ramón. Y éste se agarró al clavo ardiendo: revisó el texto español, publicó la traducción firmada por los dos, insistió en que hicieran más (terminaron traduciendo veinte obras). Juan Ramón le ofreció a Zenobia, en suma, una colaboración creativa de colegas literarios, un futuro de trabajo en común: «Todas las traducciones que hagamos de cosas bellas, las firmarás tú. Luego has de hacer algo original, ¿verdad? Yo quiero que, en el porvenir, nos unan a los dos en nuestros libros», dice Juan Ramón en una de sus cartas de conquista. Y Zenobia, que tenía aspiraciones literarias, bajó por fin sus defensas y se casó con él... para no volver a escribir nunca más nada propio, salvo sus modestísimos diarios. Tal vez estuviera pensando en todo esto (en las ilusiones rotas, en las vidas no vividas) cuando anotó en los cuadernos cubanos este conmovedor párrafo: «Cuando regresamos, las nubes se habían abierto hacia el noreste y el resplandor del atardecer [...] hacía que el mundo pareciera nuevo [...]. Y de repente todos los sueños infantiles se hicieron realidad y nos embargó la intensa esperanza de que todo este tiempo de incredulidad hubiera sido un desperdicio de la alegría».